

PRACTICAS QUE FACILITAN PRÁCTICAS

Coordinación Nacional Educación en Contextos de Encierro

Contextos de encierro, contextos complejos y fragmentados. ¿Cómo llegar con educación y educación de calidad en todos sus niveles y modalidades?

A la hora de asumir un estilo de gestión la elección fue: la articulación. Articulación que en un país federal como el nuestro nos permitiera ir construyendo, con los Ministerios de Educación Provinciales, las respuestas educativas estratégicas y posibles en conjunto a su vez con los distintos ministerios y sectores implicados.

Articular implicó pues nos sólo incluir a los Ministerios de Justicia, Gobierno Desarrollo Social, Derechos Humanos, Secretaría de Cultura, entre otros, sino que también implica la articulación al interior del Ministerio de Educación de Nación con todos aquellos otras áreas y/o programas de este mismo Ministerio, pensados para mejorar la calidad educativa de todos los alumnos y, como de inclusión se trata, nuestra misión consiste en recordar que las personas privadas de libertad también son destinatarios de dichos Programas.

La práctica que hoy se presenta es el resultado de la articulación de Contextos de Encierro con el Programan Nacional de Lectura. ¿Cómo lo hicimos?

Durante un Encuentro Nacional de Referentes del Programa Nacional de Lectura el equipo de Contextos de Encierro presentó el proyecto y líneas de acción en desarrollo y se invitó a articularse con los propios referentes en las provincias. Operativamente enviamos el listado de Referentes con mails y teléfonos de cada área para que se produjera el encuentro en cada provincia y el Plan de Lectura hizo lo mismo a la inversa.

La experiencia que se relata a continuación es producto de dicha acción conjunta desarrollada en la provincia de Tucumán y constituye un antecedente del actual proyecto “Capacitación de bibliotecarios para la promoción de la lectura y actualización del equipamiento de las bibliotecas en contextos de encierro” presentado ante EUROsociAL para su financiamiento.

Es interesante destacar, por último, que el relato que hoy compartimos también fue utilizado como insumo de capacitación docente en el Módulo “¿Quiénes somos y qué hacemos?” que se llevó a cabo para profundizar temáticas relacionadas con el rol docente y cuestiones de índole didáctica para las escuelas en contextos de encierro.

Buenos Aires, marzo de 2008

La libertad de leer, si no se puede leer en libertad

*“Pobrecito del diablo, que lástima le tengo,
porque no ha recibido nunca
una palabra de compasión y de cariño.”
(Pito Pérez - José Rubén Romero)*

Experiencia en la Cárcel (jueves 17 / 6 / 04)

Era un jueves cuando llegué por primera vez. Me había ofrecido para hacer la experiencia de lectura y si era posible de escritura, un Taller Literario, la cárcel de hombres de San Miguel de Tucumán. Ese día había ido pensando trabajar. Llevaba en mi bolsa el libro de Octavio Cejas “Esta noche, el familiar” y muchas ganas y ansiedad. Pero no trabajé. Conocí al director del penal, que me informó que allí hay setecientos internos y que de concretar el taller, yo iba a trabajar con los reclusos que son los presos que sólo están fuera de sus calabozos una hora por día. Esos presos son los que necesitan alguna actividad para alterar un poco la monotonía de sus largos días en medio de la nada. También se me explicó que la reclusión es un régimen elegido por ellos ya que estar fuera en los “pasillos” de la cárcel les significa peligros. Luego de esta introducción, me propuso recorrer la cárcel y de paso, en la imprenta, presentarme a un señor, DonCosme, que tenía mucho ascendiente entre los presos ya que era el escriba de las notas que los internos, que no sabían escribir, presentaban ante la dirección para hacer los más variados pedidos.

Si la experiencia de entrar había sido impresionante, porque no es fácil dejarse revisar aunque sea sólo “ligeramente”, la impresión de entrar en un lugar tan vigilado, es difícil de explicar. Atravesé dos portones con sus custodios antes de llegar a una escalera al cabo de la cual están las oficinas del director y demás autoridades del penal. La verdad es que entré mirando a todos lados con susto, pero esa es una impresión que cambia rápido, ante la monotonía de tanto portón, candado y guardia por todos lados. Con el director y el vice director recorrimos el penal. La idea era que me diera cuenta cabal de adónde entraba.

Recorrer la cárcel fue otra experiencia: Igual que en las películas uno va por pasillos y galerías cuyas puertas se cierran y se abren, de todos lados surgen guardias con llaves, por todos lados se ven internos y también, como en las películas, en cada pabellón se puede entrever tres pisos de estructura de metal con internos que miran desde arriba... lo que no es como en las películas es la pintura descascarada, el olor, y la mirada de los internos.

Visité la imprenta que tiene máquinas antiquísimas, con tipos de plomo, la panadería, la huerta, el criadero de cerdos, los talleres. En cada sección me presentaban a personas y no podía reconocer quién era interno o quién encargado de sección. El recorrido fue largo y nos llevó mucho tiempo. El penal tiene diecisiete hectáreas entre construcciones, talleres, patios de tierra y canchas de fútbol.

De esa tarde me queda el entusiasmo de don Cosme, un señor mayor, interno, que trabaja en la imprenta, oriundo de Tarija, que con su tonada tan particular me contó que era docente de ciencias sociales, que había enseñado en su país y que acá estaba a punto de entrar a trabajar en la Escuela Belgrano, cuando ..., me dijo también que estaba muy entusiasmado con el taller y que iba a conseguir asistentes a las clases de lectura. El director me contó que este hombre hacía poco había recibido una puntada muy grave de un interno, que estaba drogado, porque en ese momento no tenía tiempo de hacerle una nota para presentar en la dirección del penal. Según Don Cosme, ya todo estaba superado y se saludaban otra vez con el agresor.

Lo que me llamó la atención en el recorrido fue ver tantos internos con los ojos malogrados, recordé que siempre me habían comentado que cuando se agredían en el penal estando alcoholizados o drogados se atacaban los ojos ¡Por suerte las orejas estaban en su sitio, mi espacio estaba asegurado!

(Miércoles 23 / 06 / 04)

Fui a una reunión a la que me invitó el director del penal, fue en la oficina de la Supervisora de Educación de Adultos donde estaban los maestros de la escuela del penal y otros futuros docentes. Lo importante es que están por lanzarse los cursos en la cárcel de EGB 1, 2 y 3 y Polimodal con modalidad semi presencial. Se programó un acto para el 6 de julio que sería la presentación del nuevo plan.

(Jueves 24 de junio)

Este día llegué a las tres de la tarde dispuesta a trabajar, con el libro de Octavio Cejas en mi bolsa y todas mis expectativas a cuesta. El director me recibió y me condujo a la iglesia donde íbamos a tener nuestra sesión de lectura. En lugar tan grande no hay un saloncito como para una reunión de pocas personas.

Cuando llegamos ya estaban doce internos adultos que se habían inscripto para asistir y cuatro menores que había convocado el director, a esos se unieron después seis personas más. Acomodamos los bancos de la iglesia en forma rectangular y el director me presentó. Por supuesto estaba Don Cosme, que con su enorme sonrisa me alentaba. Desde el comienzo hubo una diferencia entre los adultos, los reclusos que habían ido por propia iniciativa y los menores. Estos plantearon que se tenían que ir temprano, a las cuatro, porque tenían que hablar por teléfono ya que uno de ellos tenía la madre enferma, por eso quisieron saber cuánto iba a durar la clase, que les aclaré estaba fijada desde las 15 a las 17 hs.

Comencé preguntándoles si les gustaba leer y me di con que salvo dos de los asistentes, todos los otros no sabían leer ni escribir. También había un poeta que creaba versos pero que como no sabía leer ni escribir, los dictaba a algún interno que supiera hacerlo. Los cuatro menores, sin mirarme, es más uno de ellos se tapaba casi toda la cara con su bufanda, declararon que no sabían leer ni escribir, pero que se tenían que ir temprano. Para empezar diciendo algo, les pregunté a todos en general, si alguien les había leído y ellos me dijeron que nunca. Entonces les dije que para eso estaba yo, pero que antes íbamos a hablar un poco. Empecé preguntándoles qué sabían del "Familiar", cuando elegí el cuento de Cejas lo hice con la seguridad de que todos debían saber algo del tema. En Tucumán todos conocemos algo del perro familiar, del pacto con el diablo que hace el dueño del ingenio, del cuchillo de plata con la empuñadura en cruz o el crucifijo como único medio de vencerlo, del obrero que cada año es ofrecido como víctima propiciatoria, de la desaparición periódica de obreros con ideas de cambio y reivindicación, supuestamente víctimas del familiar, del santiagueño que peleó y venció al perro. Ahí se animó la conversación. Como nunca falta en estos casos apareció el interno cuyo padre lo había visto y el abuelo que le peleó, a crucifijo y cuchillo, al Familiar. Después vino la lectura. Todos escucharon con atención también los tres guardias y una guardia mujer que estaba detrás de mí. Pero lo más importante fue cómo escucharon los menores apurados: sin mirarme, pero no se perdieron nada del relato. Invité a los guardias, que estaban parados a sentarse con nosotros y aceptaron dos. Luego seguimos hablando, del familiar y de lo que sugiere el final del cuento que deja abierta dos posibilidades: a Lindoroso Chaile lo mató la bufanda enredada en el alambre de púas o el perro Familiar. Ellos sugirieron la tercera: que el compadre, narrador del cuento, borracho como estaba, lo hubiera matado. La verdad, que este último final no se me había ocurrido, pero en este tema los muchachos éstos sabían más que yo. Lo importante fue que a esta charla se integraron los guardias dando su opinión y que los menores decidieron participar. Para ellos, era el Familiar el que había provocado la muerte y en ese punto, un logro fue que perdieron el apuro de irse a

telefonar. Aunque por un lado, yo ya les había asegurado que cuando ellos decidieran se podían ir, por otro lado, todo mi esfuerzo estuvo todo el tiempo en lograr que se quedaran. Fue una sensación extraña porque, como nos ocurre siempre con los alumnos más díscolos por los que nos desgañamos para integrar al grupo, trataba de interesarlos, de hacer para ellos la lectura más expresiva del mundo, pero también esos chicos con su aspecto desnutrido, me recordaban a ese chico flaquito que desde una moto me había arrastrado tres veredas, para quitarme el bolso, o a ese otro muchachito que se bajó de la moto y que se acercó corriendo, pero que también casi me mata de un susto cuando desde atrás, me arrancó el bolso del hombro. Todavía tengo presente el dolor de espalda, que cada una de las veces, duró varios meses.

Con los adultos, todo fue más fácil, uno sobre todo me conmovió porque trajo un cuadernito forrado, con toda prolijidad, con papel araña azul. Él quería aprender a leer por eso su señora en las visitas y los internos que sabían leer, le escribían sílabas que él copiaba incansablemente. Había hojas de “ña-ñe-ñi-ño-ñu-lla-lle-lli/fra-fre-fri etc, me pidieron que leyera qué decía y ... caramba que no pudieron elegir sílabas más fáciles como ma-me- mi.... Este hombre está muy interesado en aprender y yo me ofrecí para escribirle algo para que él copiara, algo menos aburrido que las sílabas sueltas. Como no sabíamos qué podía ser, la guardia, Marina, sugirió que el poeta recitara algo que yo copiaría. Antes ya se había negado a recitar sus versos, que sabe de memoria, porque tenía vergüenza, ahora también se negaba aunque los compañeros, los guardias y yo insistíamos para que lo hiciera. Este momento fue muy interesante, porque le sugerí que se sentara a mi lado, y eso fue algo que lo destrabó, fue como si cerca de mí estuviera el lugar de la palabra, del poder, y entonces sí, nos recitó un largo y entreverado poema de amor, lleno de “amor mío” que pude escribir gracias a la ayuda de la guardia, Marina, que me repetía lo que yo no entendía o cuando me quedaba, porque el poeta iba muy rápido.

Después les leí un cuento más, también de Octavio Cejas “¿Brujo? ¡Bah!” y ahí salió el tema de que si existen los brujos y las brujas que las hay, las hay... según todos mis escuchas. Empezaron otra vez las anécdotas sobre las salamancas y dónde están situadas en Tucumán. Ahí se me desbarató otra fantasía mía, yo pensaba que todas estas personas eran de alguna localidad, del campo, no sé por qué. Cuando empecé a preguntar, todos venían de los barrios marginales de Tucumán: la Bombilla, el Chivero, Trulalá, hasta de tres cuadras de la cárcel. De todos modos sabían de lo que les hablaba, y seguimos con los pactos con el diablo, las brujas bailarinas y todo eso en plena capilla. Ese fue el momento en que los menores se fueron, pero ya eran casi las cinco de la tarde. Quedaron en volver la próxima clase y me dijeron que continuáramos leyendo mitos que era el tema que les gustaba.

Al irse Don Cosme me dijo que si yo quería él podía preparar algo para leer a los compañeros.

De este día me quedó la satisfacción de haber llegado de alguna manera a estos alumnos especiales, la promesa de ellos de volver para el próximo encuentro y la mía de seguir llevándoles material de lectura. Me gustó mucho el comentario de Marina la guardia que ya era como mi secretaria y que desde mi espalda me sugería cómo tenía que actuar en algunos momentos. Ella me dijo que la clase había estado muy buena porque ahora los internos iban a tener una semana para pensar en el final del cuento del perro familiar. ¿Nos puede ocurrir algo mejor que eso, que los que nos escuchan se queden pensando un rato largo en lo que les hemos leído ...?

La impresión mayor fue la de ver entre los reclusos a un chico muy joven, bien puesto, lindo, que podía ser uno de mis sobrinos. A diferencia de los chicos jóvenes, él participaba, ayudaba a sus compañeros, opinaba, un chico realmente muy agradable, pero que pese a su edad estaba con los reclusos. Yo había pasado gran parte del tiempo preguntándome qué habría hecho para estar allí. La respuesta del director del penal me dejó enloquecida. Ese chico había sido un caso de mucha resonancia en la crónica policial. Parece que drogado había matado a dos remiseros, al motor de uno de los vehículos lo había enterrado en la finca de sus padres, por lo que no tenía atenuantes, ni había dudas sobre su culpabilidad. Era de una familia de dinero, con casa en el mejor barrio de Tucumán, había hecho cuatro años de secundario en un colegio religioso y su último curso en un instituto privado muy bueno. Se llama Jorge y su historia me dejó muy mal.

También me impresioné por el hecho de que casi ninguna de estas personas supiera leer y escribir. Para mí, en la Argentina y en el centro de Tucumán con tantas escuelas por todos lados,

no debía haber ningún chico sin saber leer ni escribir, sin su escuela primaria, aunque fuera incompleta. ¡Cuántos mitos nos los creemos al “pie de la letra”, cómo aunque nos creamos tan bien ubicados en la realidad, vivimos sumergidos en la más muelle y espumosa nube de!

Martes 6/ 7/ 04

Fue el acto donde se hizo la oferta educativa a los internos del penal. asistieron muchos internos, pero no estaba ninguno de los muchachos de la clase de lectura. No entiendo mucho de los números de las unidades, pero según me informó Don Cosme, infaltable en todos los eventos, la unidad 6, 4 y no sé cual otra no estaban porque los reclusos, que son mis alumnos, no salen más que una hora diaria. El director del penal me tranquilizó porque me explicó que se va a hacer un censo - encuesta a todos los internos para ver cuánto saben y TODOS tendrán la oportunidad de estudiar en el nivel que les corresponda y hasta donde ellos quieran aprender.

De este día me impresionó un chico que se presentó como el futuro abanderado del acto que se iba a realizar en el penal con motivo del 9 de julio. ¡Se lo veía tan contento! Nos dijo que le gustaba la historia, que él iba a obtener su libertad en agosto que adónde podía ir para seguir estudiando cuando saliera. Quedé pensando que ojalá esto fuera posible. En general hay tan pocas posibilidades afuera para estos chicos, que la única salida posible es volver a lo mismo. Por eso me comentó el director que están trabajando con microemprendimientos como una opción, para mejorar el futuro de los que abandonan el penal.

Jueves 8 / 7 / 04

No se pudo hacer el acto del 9 de julio. Hubo problemas en el penal y según el director el ambiente no estaba como para actos. Me quedé pensando en lo que habrá sentido el muchachito que iba a llevar la bandera ¡Estaba tan entusiasmado y tan orgulloso! ¡Dios mío, por qué ocurren estas cosas!

15/ 7 / 04

A la mañana buscando el material que le llevaría a Don Cosme para que preparara para la próxima clase, encontré dos cuentos que decidí debía leer a mis presos “Un buen negocio ¿o no?” de E. Anderso Imbert y el bellissimo cuento “La felicidad” de Ana María Matute. También llevé, en honor al poeta del penal “La invitación al hogar” de B. Fernández Moreno y la “Nana de la cebolla” de M. Hernández.

Ese día me fue difícil entrar, no estaba el director y aunque él me había dicho con quién tenía que tratar, se presentó la dificultad de que no querían que entrara sola, por más que les aseguraba a todos los que se me presentaban que yo no tenía miedo, que me permitieran entrar sola. Por eso, dieron vueltas, porque no estaba ni Marina la guardia femenina que me acompañó la otra vez. Finalmente cuando llegué a la capilla varios presos se habían ido, cansados de esperar. Había sólo doce, entre ellos Don Cosme, infaltable por supuesto; el poeta; Jorge, el chico lindo, y los menores, pero ya sin apuro. No estaba el señor del cuadernito era de los que se habían ido, así que no pude ver cómo había salido el deber de copia del poema de amor.

Empecé leyendo el cuento de Anderson Imbert y como de ese tenía varias copias se las repartí. Aunque no supieran leer o leyeran muy poco, creo que es una cosa muy buena eso de tener un texto, de ser dueño de ese mundo encerrado en un trozo de papel. Como siempre fue impresionante el “enganche” de uno de los guardias. No quiso sentarse con nosotros pero participó opinando y reflexionando como un alumno más. Es muy buena la relación que se establece entre los internos y los guardias a través de la lectura. Para él y los muchachos, el diablo es el viejo que hace los tratos comerciales. Les leí los poemas y Jorge, el chico lindo, explicó quién había sido Miguel Hernández y yo completé el significado de la cebolla de la poesía. Ellos tienen hijos también y en el penal se desesperan porque les den trabajo para poder dar dinero a sus mujeres los días de visita. Los poemas los dejaron pensando.

Luego, les conté cómo había encontrado un cuento de casualidad, aunque para mí la casualidad no existe, que quería ofrecerles y leí “La felicidad”. Ese cuento siempre me conmueve y entonces, entre ellos y yo se creó un clima especial. Eso de que “ la felicidad, ancha, lejana, vaga rozaba todos los rincones”...nos rodeó. Fue un hermoso momento. Filomena, la mujer del cuento había creado su felicidad ... después de un momento de silencio el guardia dijo qué era la felicidad para esa madre y yo entonces les pregunté qué era la felicidad para ellos. La respuesta fue unánime: ellos ya no podían ser felices, la felicidad para todos es la libertad. Y ahí empezamos a reflexionar, yo les dije que aunque estoy en libertad no siempre soy feliz. Lo mejor era empezar por ver qué cosas nos hacen felices en alguna medida. Ver la felicidad posible que está a nuestro alcance, mientras llega la otra, la libertad, que a todos antes o después les va a llegar. Coincido con Michele Petit, me estaba metiendo en un campo íntimo al que no tenía derecho a invadir. Pero se había creado un espacio en el que nos mirábamos a los ojos, todos estábamos un poco más cerca. Entonces Carlos dijo que él había hecho hasta 2º año de Agronomía en la Facultad, que su madre le llevó los apuntes, los libros pero que él no puede estudiar, parece que es difícil estudiar en el penal lejos del cuarto propio, la computadora, el equipo de música ... todos le dijimos que debía intentar, él dijo que ya iba a ver ... otro, el menor de la bufanda, dijo que a él le gusta “hacer la huerta” que si yo traigo las semillas de rúcula el va a plantarlas para mí. Juan, uno de los mayores dijo que él tiene cuarto grado, pero que ya no se acuerda de nada pero que cree que va a poder seguir estudiando...

Esta conversación y cómo se generó fue muy extraño ¿Estarían hablando “mis escuchas” de alguna forma de felicidad pequeña? ... No lo sé. Pero ya era la hora de irme y ellos me pidieron que les dijera cuándo iba a volver ¿Estaríamos sellando un compromiso? ... También quisieron saber por qué iba al penal. Les aseguré que era por trabajo, que mi trabajo contemplaba un espacio de lectura con ellos, por supuesto, si ellos lo aceptaban. Creo, por sus comentarios, que querían asegurarse de que no iba por ninguna de las razones que van los cultos y sectas varias, que frecuentan el penal.

Hasta acá mi experiencia, y este informe. Mañana es jueves y tendremos otra clase. Creo que desde acá todo será más fácil porque siento que hay pactos necesarios y negociaciones que he hecho en esta última clase.

Releyendo lo escrito, me doy cuenta de por qué me costó tanto contar esto, es que siento muchas cosas mientras las letras se me borran y ésta, mi vieja máquina, con la que escribo tantas cosas, que me acompaña en tantos momentos, tan llena de palabras ella, no es capaz, por esta única de vez, de poner en la pantalla, una palabrita de consuelo para mí.

Por Caty, tallerista promotora de lectura
de la Provincia de Tucumán